

Antología de R.



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

*Dedico a todo ser que en este mundo se opaca o vive escondido detrás de escrito para no yacer
en el mundo que se oculta dentro de uno y dejamos plasmado en un libro que puede ser una guía
para algunos o un escape de la realidad*

Agradecimiento

Se agradece a quien han inspirado todo aquello detalle mínimo a sido una explosión dentro de mi lo cual evoca en mis escritos

índice

Te volví a soñar

La delicia hecha pecado

Los locos

Destino

Escribir

El pecado con ojos de inocencia

Para Solange

Eterna belleza

Amiga

Entre el Cielo de Tus Ojos y el Infierno de Mi Alma

El lenguaje de los abrazos

Usted me inspira

Sonrisa.

Entre líneas

Trozos de ti (o pedazos de mi)

Te bese

Adicto

Tu

La Orbita de tu mirada

Cuando el mundo duerme

Admiración en silencio

Prometo dejarte ir

El Cántico del Todo

Ella es arte en un mundo de ciegos

Te veo y no se

Desvanece

Tal vez

Sentado en la Costanera

Los amantes

La luna

Cursi

Guerra interna

Gestos

Marea infinita

Será posible

Mi vicio eterno

La única verdad

El juicio

Te volví a soñar

Te volví a soñar
y el deseo aprendió a tocarme
sin manos.
Lo sutil dejó de esconderse
y se volvió piel,
aliento cerca,
una verdad peligrosa
deslizándose despacio
como veneno dulce por la lengua.
Es encontrar un nuevo vicio
en la forma en que imagino tu sombra,
en cómo lo intangible
me aprieta el pecho
y me pide quedarme.
Me estoy volviendo más poeta
porque ahora entiendo a los locos:
ellos no inventan,
recuerdan demasiado bien
cómo arde lo que no se puede tener.
No sé si las cosas se dan,
pero si tuviera que embriagarme
lo haría en tu ausencia palpable,
en ese calor que no está
y aun así insiste.
Porque estuve en el cielo
cuando te pensé cerca,
y en el infierno
cuando abrí los ojos,
y ambos lugares
sabían exactamente a ti.

La delicia hecha pecado

Solo eso quedará en un sueño,
aunque no sabes cuántos he cumplido.
He soñado tanto
que algunos deseos aprendieron a ser piel,
y aun así, es verdad:
todo era sueño.

La delicia hecha pecado,
el murmullo tibio de tu presencia,
la delicadeza de tu ser
temblando bajo la obediencia
de mis dedos.

Las yemas te recorrieron
sin límites establecidos,
como si el tiempo dudara:
¿detenerse para mirarnos
o avanzar lento, muy lento,
a mi favor?

Fue crear arte en silencio,
donde cada tacto era un trazo
y cada roce,
un error hermoso un Morreo sin contención
respiraciones que no se atreven,
piel aprendiendo a decir
lo que la boca calla.

Y cuando desperté,
el cuerpo aún recordaba
cómo se sueña contigo.

Los locos

Que vida la de los locos,
los únicos cuerdos en un mundo apurado.
Dicen locura,
pero es valentía:
sentarse a mirarse por dentro
y descubrir qué hilo invisible
los mantiene ardiendo.
Mientras el mundo corre,
ellos caminan despacio,
porque han entendido
que la prisa no alcanza
a lo esencial.
Allá afuera todo es ruido,
aquí dentro todo es verdad.
El mundo imperfecto se vuelve adorno,
un marco frágil,
cuando el alma descansa
en atardeceres de nubes tintadas,
entre rojos que duelen
y rosas que consuelan.
Y aunque el sol marche,
no se lleva el instante.
Porque hay momentos
que no obedecen al tiempo:
solo existen.
Solo están.

Destino

No creo en la suerte,
creo en el destino:
en ese mapa invisible
que nos empuja a personas,
a momentos que arden,
a placeres que se tocan con el alma,
a risas que sanan
y a llantos que nos rompen
para volvernos nuevos.
Ese destino,
que me ha quitado poco,
pero lo justo para transformarme,
para moldearme distinto,
para enseñarme que incluso perder
puede ser un regalo oculto.
Porque si yo no le entrego algo mío,
si no dejo mi huella en su cauce,
el destino sería apenas un loco errante
buscando suerte en lo que ya estaba escrito.
Y aun así, me reconoce:
lo que era para mí,
me encuentra.

Escribir

Todos escribimos,
aunque nadie nos lea,
aunque el eco se pierda
entre papeles arrugados.
Escribimos para alguien,
quizás invisible,
quizás lejano,
quizás el reflejo mismo en el espejo.
Ponemos el corazón en letras
como si fueran botellas arrojadas al mar,
esperando que una mano desconocida
algún día las recoja.
Y si no llegan a nadie,
igual arden,
igual sanan,
igual nos salvan.
Porque escribir
es hablar con el universo
y confiar en que,
de alguna manera,
alguien siempre escucha.

El pecado con ojos de inocencia

Un roce basta,
y el mundo se incendia en silencio.
Tus pupilas claras
no saben de culpas,
pero esconden la tentación más pura.
Te miro,
y la duda es un abismo suave:
¿cómo puede el pecado
vestirse de luz,
y aún así arrastrarme tan hondo?
Eres la contradicción perfecta,
inocencia en la piel,
labios que murmuran redención,
y al mismo tiempo
me condenan al deseo.
El pecado tiene tu rostro,
pero tus ojos...
siguen siendo
la
excusa más divina.

Para Solange

Qué sucede
que las tardes se volvieron solo tarde,
y a ratos
un poco más miserables.
Será la ausencia del sol,
que ya se ha ido;
porque la luna por más fiel,
por más llena o rota
no sabe reemplazarlo.
Nada reemplaza al sol.
El camino ahora es más largo,
se camina distinto
cuando no está su voz
criticando,
burlándose
de lo gracioso que insiste la vida.
Es como quitarle al ciego su bastón,
como robarle al día
el canto de las aves,
o al amanecer
el sutil rocío
de las mañanas frías.
Las bancas de la plaza están vacías,
los estrenos en el cine
ya no importan.
El fútbol de noche
termina sin risas,
sin ese después
que lo valía todo.
El mundo no se acabó,
no.
Solo se volvió más gris.
Y de vez en cuando,

algún color se escapa,
como un susurro que dice:
aquí estuvo el sol.

Eterna belleza

Y aunque todo de mí muera,
el mundo seguirá su curso;
los girasoles abrirán sus ojos
ante nuevos amaneceres,
y las galaxias, en su danza infinita,
bordaron constelaciones de letras
en los retazos de alguna estrella moribunda.
Porque incluso en la muerte,
la belleza no se extingue,
solo cambia de forma,
se disuelve en el tiempo,
y deja su huella luminosa
en la memoria del universo.
Todo sigue su ciclo,
y mis letras frágiles, tercas
serán testigo eterno
de la inmaculada belleza
de su inspiración.

Amiga

¿Cómo quieres ser mi amiga?
Si en tus ojos nace el día,
si por ti daría el alma
sin pedirte garantía.
¿Cómo llamarte "amistad"
si tu risa me desarma,
si tu voz es ese canto
que a mi soledad calma?
Si al rozar tus manos quietas
mi universo se ilumina,
si un "hola" tuyo me basta
para soñar mil vidas.
¿Cómo quieres que no ame
si me embriagan tus caricias?
Si confundo cada gesto
con promesas escondidas.
Razón y piel... qué dilema,
agua y sed... misma herida.
Amarte callado es duelo,
tenerte así... poesía.

Entre el Cielo de Tus Ojos y el Infierno de Mi Alma

Estoy sumergido en letras calladas,
en palabras que guardo por miedo o por magia.
Navego entre pensamientos y sueños,
donde tu rostro es faro en mis silencios.
Floto al mirarte, aunque no lo notes,
aunque mis pies sigan tocando la tierra,
mi alma se eleva, ligera, serena,
como si el amor pudiera vencer la espera.
Podría morir cada vez que no hablo,
y volver a nacer solo por pensarte,
porque esta angustia de amarte en secreto
es fuego que quema... y logra salvarme.
Eres mi infierno cuando te escribo,
mi paraíso cuando te imagino.
Eres la razón de mis versos cautivos,
la paz que anhelo, el amor más vivo.
Y aunque mis labios no te lo confiesen,
mi poesía te lo dice sin miedo:
que vivir en el deseo de verte
es morir
lucamente en el cielo.

El lenguaje de los abrazos

Los abrazos se inventaron,
como puentes invisibles,
para decir "te quiero"
sin que la boca se atreva.
Son refugios que no preguntan,
solo envuelven.
Gestos que hablan bajito
al corazón que escucha en silencio.
Un abrazo es tiempo detenido,
es alma tocando alma
con la suavidad de quien cuida,
con la fuerza de quien no quiere soltar.
Hay abrazos que curan heridas
que nunca se nombraron,
y otros que bastan
para recordar que no estamos solos.
No hacen falta discursos
cuando dos cuerpos se entienden
en el lenguaje antiguo
de un simple apretón sincero.
Porque a veces,
un abrazo dice más
que mil palabras
que no se atreven.

Usted me inspira

Usted me inspira,
y eso es un decreto grabado en el cosmos,
una sentencia de fuego dictada por los astros
cuando su piel rozó mi pensamiento.
Sus ojos...
paraíso e infierno en el mismo destello,
me llaman sin voz,
me condenan con ternura,
me invitan a pecar despacio,
como si el tiempo se rindiera ante su mirada.
Y su risa,
su risa...
es un temblor que desarma el alma,
una caricia que se desliza invisible,
que toca donde las palabras callan,
y el deseo se vuelve poesía.
Usted no solo inspira,
usted provoca el incendio,
enciende mi verbo,
mi piel,
mi universo,
y me deja escribiendo su nombre
en cada latido que me queda.

Sonrisa.

Me ofreció una sonrisa,
y en ese instante comprendí
que hay adicciones que no matan,
pero te dejan temblando el alma.
Yo, que nunca tuve vicios,
me descubrí esclavo del más dulce,
ese gesto curvado en sus labios
que me condenó sin avisar.
Y ahora lo busco a cada paso,
como quien persigue el aire,
como sediento tras el agua,
como un perdido tras la fe.
Su sonrisa:
mi pecado favorito,
mi necesidad secreta,
mi vicio eterno.

Entre líneas

Y entre mis líneas encontré mi refugio,
ese yo que pocos miran,
al que juzgan sin conocer,
mientras mi mente y mi corazón
tejen universos que casi nadie ha habitado.
No soy lo que todos buscan,
ni lo que esperan hallar,
porque dentro de mí habita alguien distinto,
un ser que respira silencios,
que transforma vivencias en arte,
No temo ser distinto,
pues en mi caos florece la esencia
de lo que verdaderamente soy:
un alma libre,
con mil mundo
s por escribir.

Trozos de ti (o pedazos de mi)

Buscando trozos de ti,
me perdí entre paisajes perfectos,
como si en el azul del cielo
se escondiera tu reflejo.
Revisé mis letras una a una,
buscando un eco de tu risa,
una opinión sutil,
oculta entre notas que nadie escucha.
En los días grises,
cuando la lluvia toca la ventana
como si quisiera hablar,
le pregunté si te había visto pasar.
Miré a la luna eterna cómplice
y le envié un mensaje,
esperando que lo leyera tu alma,
donde quiera que esté tu viaje.
¿Será que busco trozos de ti
o recojo pedazos de mí?
Porque en esta búsqueda incierta,
ya no sé si te persigo...
o si simplemente.
intento reconstruirme.

Te bese

Te besé en instantes constantes,
cuando el aire me rozaba la piel al correr.
Te besé cuando el sol caía rendido
y también cuando aún dudaba en nacer.
Te besé en una canción,
en un chiste torpe que nos hizo reír sin razón.
Te besé en un libro a medio leer,
entre cada página vencida por tus recuerdos.
Te besé con solo verte sonreír.
Te besé aun cuando no eran tus labios
los que encontraban los míos,
porque envenenar mis labios ajenos con los tuyos
fue la forma más sutil,
más honesta,
de saber que sigo vivo.
Porque solo así,
besándote incluso en la ausencia,
te besé.

Adicto

No debí volverme un adicto a ti.
No lo pensé: lo supe
después.
Cuando ya era tarde
y mi nombre se me caía de la boca
cada vez que recordaba la tuya.
No fue solo un beso.
Eso es lo que digo para dormir.
Pero la verdad es que lo guardé
como se guarda un secreto sucio:
con cuidado,
con culpa,
con ganas de volver a tocarlo.
Dije que fue el alcohol,
porque el alcohol siempre carga culpas ajenas.
Dije que fue un error,
porque la palabra error suena más limpia
que deseo.
Pero cierro los ojos
y aún sé exactamente cómo fue:
el segundo antes,
el segundo después,
el punto exacto donde decidí no detenerme.
Tu piel no se fue.
Se quedó en mi memoria
haciendo ruido,
tapando flores, promesas,
otras bocas posibles.
Y eso no lo hace el azar.
Prometí olvidar.
Me lo juré como quien se miente
mirándose al espejo.
La mente asentía, correcta, madura.

El corazón cobarde
escondía una migaja
por si algún día el recuerdo volvía con hambre.
No te vuelvas un adicto, me repito.
Porque sé cómo termina esto.
El pecado no siempre regresa a la misma forma,
pero busca otro cuerpo
para decir lo mismo.
Y lo confieso:
no es que no quiera olvidarte,
es que aún no decido
dejar de querer hacerlo.

Tu

Al yacer,
fantaseando con la belleza inmutable,
me vi suspendido en movimientos sutiles,
como hojas que la brisa desnuda
sin tocarlas del todo.
Entre suspiros sollozos,
mis oídos aprendían una melodía nueva,
una que no se escribe
pero se siente en la piel
cuando el silencio se ondula.
El vaivén ritmo secreto
todo parecía coordinarse:
cuerpos, aire, tiempo,
como si el mundo ensayara
su obra más perfecta.
Y yo,
fanático de lo intangible,
adorador de lo que no se posee,
me entregué a ese instante
donde el deseo no pide forma
y la belleza existe
solo porque se intuye.

La Órbita de tu mirada

Si alguna vez me pierdo,
que sea en la órbita de tu mirada,
donde todo brilla sin tiempo
y el corazón siempre encuentra refugio.
Porque en tus ojos nace la calma,
y en tu voz florece el silencio más bello.
No necesito estrellas ni promesas,
solo la certeza de tu destello.
Eres mi norte en noches inciertas,
mi abrigo cuando el mundo se enfría,
la razón por la que cada día
mi alma despierta vestida de poesía.

Cuando el mundo duerme

Cuando el mundo duerme
hay más lugar para los pensamientos,
y en ese silencio que lo cubre todo,
se escucha más fuerte lo que duele.
Las luces se apagan en la ciudad,
pero en mi pecho se encienden recuerdos,
voces que ya no están,
miradas que solo viven en mi memoria.
La noche no juzga,
la noche entiende...
y me deja naufragar en lo que fui,
en lo que perdí,
en lo que no supe decir a tiempo.
Camino por pasillos invisibles
donde todo lo que amé alguna vez
sigue intacto... pero lejos.
Y es ahí, cuando el mundo calla,
cuando más grita el alma.

Admiración en silencio

Es imposible disimular
lo que siento por ti,
cuando mis ojos te delatan
más que mil palabras.
Hoy finjo calma,
no por falta de emoción,
sino por respeto al aire que te envuelve,
para no ser tormenta en tu estación.
Pero no pienses que me alejo,
mi admiración no cesa,
sólo cambia de forma:
ya no grita, sólo reza.
Te contemplo como se mira
una obra de arte sagrada,
como se admira el cielo
cuando cae la madrugada.
En silencio y en paz
te observo desde lejos,
mi corazón se vuelve anónimo
pero en mis versos, dejo reflejos.
Algún día, en un poema,
sabrás que eras tú,
la musa callada
de cada palabra que surgió de mi luz.

Prometo dejarte ir

Prometo dejarte ir,
si cada letra que pronuncio
ya se siente incómoda,
si cada luna llena
te parece una molestia más
que un milagro.
Si te digo que se ve hermosa
y solo respondes
que es un reflejo sin alma,
que el olor de tu perfume
es solo eso,
no la fragancia
que encendía mi inspiración.
Si tus ojos,
antes faroles de un universo,
no son más que señales comunes,
no girasoles en el lienzo de Van Gogh.
Si la curva de tu risa
es solo un eco sin magia,
un capricho de mi mente,
una galaxia que mi alma se inventó.
Prometo dejarte ir,
si me pides que te deje de idealizar,
si me dices que eres
una más,
común,
como todas.
Lo prometo:
te dejo ir.
Pero no sin antes confesar
que fui feliz creyendo
que eras única.

El Cántico del Todo

El Cántico del Todo
Le mostré vanidoso
mis mejores partituras,
compases dorados,
notas que creía eternas,
ecos de mi grandeza.
Pero ella,
con una simple sonrisa,
levantó la mirada
y me regaló el canto humilde
de un pajarillo en la mañana.
Y entonces lo entendí:
todo mi arte era un susurro
al lado de esa sinfonía
hecha de viento,
de ramas,
de vida.
Porque el universo
no se encierra en partituras,
sino en el alma desnuda
de lo que canta
sin saber que canta.

Ella es arte en un mundo de ciegos

Ella es arte en un mundo de ciegos

Ella camina,
y el silencio se inclina ante su paso,
como si la belleza recordara
que alguna vez tuvo forma humana.
No necesita palabras,
su sola presencia es poesía en movimiento,
un lienzo de gestos suaves,
un cuadro que respira ternura.
Mientras otros buscan colores,
ella los lleva en la mirada,
pinta con su risa,
esculpe con su voz.
Ella es arte en un mundo de ciegos,
una verdad que pocos ven,
un milagro que pasa desapercibido,
pero que el alma, cuando la siente,
nunca olvida.

Te veo y no se

Te veo
y no sé, no sé,
si es tu sonrisa la que florece en mí
o soy yo quien nace en tus ojos.
No sé si el tiempo se detiene
para que contemple tu luz,
o si eres tú quien detiene al tiempo
con solo existir.

Te veo
y me vuelvo torpe de amor,
porque hasta el silencio
se sonroja contigo.
No sé,
pero de algo estoy seguro:
si la vida me regala este instante
en tu mirada
ya tengo todo.

Desvanece

Cuando el día desvanece
Coincidieron cuando el día desvanecía,
cuando el sol le concede a los girasoles
el permiso de seguir alumbrando
lo poco que queda del día.
La percepción se vuelve tibia,
un instante cálido,
algo inefable,
esa zona segura que juré perdida
y que vuelve sin pedir explicaciones.
Adentro, una batalla constante:
el corazón queriendo quedarse
mirando la esplendidez de los girasoles,
la mente intentando no rendirse
ante una belleza que desarma.
Uno empuja, el otro duda,
y en medio quedo yo,
aprendiendo que estamos aquí
para vivir cada instante
como si fuera único,
como si fuera eterno,
como si fuera lo mejor jamás creado.
Y todo ocurre ahí,
en ese preciso borde del tiempo,
justo
cuando el día
desvanece.

Tal vez

Tal vez la vida no pide lógica,
solo corazones que latén sin medida,
miradas que se reconocen
como si el destino las hubiera escrito,
y manos que, aún temblando,
se eligen con ternura,
como quien encuentra su hogar
en la piel de otro ser.
Porque el amor no siempre se explica,
a veces solo se siente,
en el silencio que abraza,
en la calma de una risa compartida,
en la certeza de saber
que en esos ojos...
todo está bien.

Sentado en la Costanera

cuando el sol se desangra lento
y la luna reclama el cielo
como quien hereda un reino silencioso,
te pienso.
El río parece calmo,
pero tiembla bajo el paso de los barcos,
igual que mi pecho
cuando tu nombre lo cruza sin aviso.
Las parejas se besan,
prometen eternidades diminutas
mientras el mundo no se detiene,
solo se inclina ante tanta belleza
como si supiera
que hay instantes que merecen reverencia.
Te he comparado con el paisaje,
con el oro del atardecer,
con la plata temblorosa de la luna,
y aún así me quedo corto.
Porque todo esto se complementa
para regalar la mejor postal,
pero tú...
tú no necesitas escenario.
Tu brillo no depende del cielo,
no negocia con la marea,
no espera que el sol se oculte.
Es inefable.
Como intentar atrapar el viento
o describir el primer latido del asombro.
Aquí sigo,
mientras un pintor lucha por inmortalizar
la belleza que tiene enfrente.
Y pienso
que si pudiera verte

con los ojos con que yo te veo,
dejaría caer el pincel,
porque entendería
que hay presencias
que no caben en un lienzo.

Los amantes

Qué saben los amantes
de la calma.
Ellos juegan a esconderse
como si el amor fuese un delito leve
o una llama que debe arder
sin que el viento la delate.
Se preguntan en susurros
si es amor sincero
o la obsesión de hallar
lo que no se estila,
lo que no se nombra en voz alta,
lo que no cabe en moldes ajenos.
Para los amantes todo es distinto,
o al menos así lo creen.
Rompen patrones,
evitan comparaciones,
huyen de ese juego lúgubre
donde el pasado siempre compite
con la piel presente.
Se convencen
de haber descubierto lo inédito,
una textura jamás tocada,
una suavidad que su tacto
no sabía que existía.
Como si el mundo empezara
justo en ese roce.
Pero aun así,
los amantes se esconden del sol,
de los ojos prejuiciosos,
de las bocas que dictan sentencia
sin haber sentido el temblor.
Se curten en silencio,
entre sombras cómplices,

dejando un corazón dudoso
y otro preguntándose,
con miedo y esperanza,
si esta vez
será el elegido.

La luna

Mientras la luna se baña en el río,
y su piel de plata tiembla sobre el agua,
todo dentro de mí quiere estallar en voz,
como si nacieran galaxias en mis costillas,
como si una explosión de metáforas
hiciera nido entre mis pulmones.
Hay una pugna secreta:
la mente pidiendo calma,
el corazón incendiando los bordes.
No soy lo que ven,
no soy la quietud que aparento;
soy un huracán de palabras,
un temblor que idealiza
el gesto más mínimo,
la grieta más pequeña en lo cotidiano.
Resalto lo que se esconde
en los rincones de lo habitual:
el sol golpeando con su brillo los girasoles,
como si despertara un ejército dorado;
la luna, cómplice callada
de los amantes furtivos
que esperan la caída del día
para atreverse a existir.
Mientras la luna se baña,
yo me sumerjo en el recuerdo,
en la certeza de que la belleza
no radica en los diamantes
ni en lo que deslumbra a primera vista,
sino en la sonrisa más sutil,
esa que se esconde dentro de lo sutil,
esa que apenas asoma
y, sin embargo,
ilumina más que cualquier constelación.

Cursi

Que lo cursi muera dicen
como si mirar distinto fuera enfermedad
y no privilegio,
como si nombrar la belleza fuera un exceso
y no una forma de resistir al mundo.
Que las estrellas se apaguen en silencio,
que las galaxias se queden en mapas científicos
y no en el reflejo tembloroso de unos ojos
que contienen universos sin explorar.
Que los girasoles sean solo flores,
que la noche estrellada sea apenas un cuadro colgado en la pared,
que el arte no perturbe,
que no sacuda la calma
ni nos obligue a sentir más de la cuenta.
Que el atardecer sea solo el término del día,
un trámite del tiempo,
y no ese incendio suave
que nos recuerda
que la vida aún sabe arder hermoso.
Que lo cursi muera ¿repiten?
porque temen al que siente demasiado,
al que encuentra metáforas en lo cotidiano,
al que ve milagros
donde otros solo ven rutina.
Pero no hay poeta loco,
hay gente cuerda que olvidó mirar,
que dejó de asombrarse,
que le puso precio a la ternura
y llamó exageración al amor.
Si lo cursi es escribir lo que vibra,
si es confesar que el arte salva,
que la belleza desarma,
que amar es un acto casi sagrado,

entonces
que me llamen cursi.
Porque prefiero una mente incendiada de metáforas
que una vida correcta y vacía.
Prefiero lo cursi
como quien elige respirar
aunque el mundo insista
en contener el aire.

Guerra interna

He aprendido a convivir con esta batalla,
con el silencio que me muerde la lengua
cuando su nombre quiere escaparse
como un incendio inevitable.

He aprendido a callar
aunque su presencia opaque los días
y esta guerra interna me obligue
a no delatarme frente a su belleza.

Quisiera decirle
que sus ojos y su sonrisa
son la combinación exacta
donde mis pensamientos se rinden
y por fin descansan.

Porque verla reír
me transforma,
como quien encuentra agua en el desierto
o un remanso intacto
en medio de la tempestad.

Sus ojos espejos de una belleza avasalladora
han conquistado cada rincón de mi existencia,
como si el mundo hubiese sido creado
solo para que esa armonía fuera posible.

Camino como nefelibata,
flotando entre nubes que no me sostienen,
y aun así, cuando aparece,
todo encuentra su lugar perfecto.

No sé quién ganará esta contienda,
si el miedo o el impulso,
si el silencio o la confesión.

Pero he aprendido a vivir así:
con el corazón en pie de guerra
y el alma
firmando treguas invisibles

cada vez que la veo.

Gestos

La vida nos apaga los gestos,
nos enseña a esconder la luz,
pero dime,
¿has visto a un ciego disimular su alegría?
Él no se mira en el espejo,
no se juzga,
no carga en los hombros
los rostros ajenos que lo miden.
Cuando sonrío, lo hace pleno,
porque ignora los prejuicios del mundo,
ese mundo que al ver felicidad
a veces señala,
a veces llama loco
a quien simplemente respira libertad.
Ojalá pudiéramos,
como él,
sentir sin miedo,
sonreír sin permiso,
y dejar que el alma brille
sin pedir perdón.

Marea infinita

No busco mareas infinitas,
ni tormentas de agua desbordada,
solo el pequeño reflejo
de tu esencia quieta,
un remanso en tu piel,
un sorbo de tu mirada.
Porque a veces,
la inmensidad no sacia,
y basta una gota tuya
para ahogar todas mis dudas,
para inundar mi deseo
y convertirme en eterno navegante
de tu mínima,
pero infinita,
profundidad.

Será posible

Demasiado amor en mi corazón,
como un río desbordando sus orillas,
pero tanta desconfianza en mi mente,
como un guardián que nunca baja la espada.
Amo con fuego,
y a la vez me protejo con hielo,
me acerco con ternura
y me retiro con miedo.
Soy un mar en tormenta:
olas que quieren abrazar la arena
y vientos que temen perderse en la costa.
¿Será posible amar sin cadenas,
confiar sin heridas,
vivir con el alma abierta
sin que la duda me
parta en dos?

Mi vicio eterno

Me ofreció una sonrisa,
y en ese instante comprendí
que hay adicciones que no matan,
pero te dejan temblando el alma.
Yo, que nunca tuve vicios,
me descubrí esclavo del más dulce,
ese gesto curvado en sus labios
que me condenó sin avisar.
Y ahora lo busco a cada paso,
como quien persigue el aire,
como sediento tras el agua,
como un perdido tras la fe.
Su sonrisa:
mi pecado favorito,
mi necesidad secreta,
mi vicio eterno.

La única verdad

Nunca fui fan de insistir,
pero tu mirada me desnudó el alma
y el cuerpo respondió primero.
Me bastó ese instante para quedarme,
para desear tu piel sobre la mía,
tu boca recorriéndome lenta,
tus manos sujetando mis ganas.
No busqué amor,
pero encontré deseo,
y desde entonces sólo imagino
la manera en que tu cuerpo
se pierde dentro del mío,
hasta que el gemido sea
la única verdad entre nosotros.

El juicio

Mi cabeza insiste:
fue su belleza,
la forma exacta en que el mundo se detuvo
para mirarla.
Mi corazón, terco y desobediente,
susurra que no,
que fue su esencia,
esa invisible corriente
que no se ve
pero arrastra.
Mis oídos la absuelven:
su voz dulce y leve
como si cada palabra
hubiese aprendido primero
a ser caricia.
Y mis ojos,
indecisos magistrados del asombro,
batallan en silencio:
si fue la curva de sus labios
al soltarse en una sonrisa breve
lo más hermoso que han presenciado,
o si fueron sus ojos,
ese inusual abismo luminoso
que me empujó hacia mis propias letras,
hacia la inspiración
de la belleza que se esconde
justo donde nadie mira.
Me río del juicio interno,
de este tribunal sin ganador ni vencido,
donde cada argumento
tiene razón.
Porque aunque existan versiones distintas,
aunque me vista de juez

e intente dictar sentencia,
la decisión ya estaba escrita
antes del veredicto.
Y aun sin la supuesta culpable presente,
todo el caos encuentra su paz,
como si la vida fuera eso:
una guerra breve
que sabe desde el inicio
que quiere rendirse.